

EL CONCEPTO DEL ALMA ENTRE LOS INDIOS AMERICANOS

Por J. Vellard

Correspondant de l'Institut de France.

Ciertos conceptos abstractos no pueden ser investigados directamente entre los pueblos que no alcanzaron todavía un alto grado de desarrollo. No son, sin embargo, totalmente extraños a estos grupos pero no son muy claros para ellos y no saben exponerlos.

Para estudiarlos debemos recurrir a métodos indirectos.

Dentro de esta categoría entran todas las investigaciones relativas a nuestro ser espiritual. ¿Qué opinan al respecto los indígenas americanos de los grupos más diversos?

Analizando sus diversas creencias relativas al concepto de la enfermedad, sus creencias relativas a la magia, a la muerte, a la vida futura, es posible llegar a una percepción bastante exacta de sus ideas relativas al ser espiritual del hombre.

Es uno de los problemas que más me preocupó en los últimos años.

Numerosos indígenas americanos poseen al respecto conceptos idénticos o muy cercanos. Hecho profundamente perturbador para los filósofos, gran número de esos indígenas americanos no tienen la conciencia de la unidad espiritual del hombre. Creen que albergamos en nuestro cuerpo diversas entidades de naturaleza y de propiedades muy distintas que se separan en el momento de la muerte.

∴

Mis primeras observaciones son ya antiguas. Tienen más de 25 años.

Encontrándome entre los indios Maka del Gran Chaco que viven en las orillas del Río Confuso, cuando esta tribu no había tenido aún casi ningún contacto con la civilización moderna, pude recoger buenos datos relativos a su concepto de la enfermedad.

Estos indios creen que cada parte de nuestro cuerpo es animada por un principio especial cuya pérdida por obra mágica y su reemplazo por un principio dañino es la causa de todas las enfermedades. El brujo curandero y sus ayudantes llaman durante horas, en voz alta, con una gritería perfectamente ordenada, al alma fugitiva, chupando al mismo tiempo la parte enferma. El brujo puede también, en casos graves, tomar un estupefaciente muy activo, el ñopo, que después de un período de excitación lo hace caer en un torpor profundo; durante este estado su propia alma sale de su cuerpo y comienza la búsqueda del alma extraviada.

Se trata de un caso típico de enfermedad provocado por el robo del alma

Estas primeras y lejanas observaciones chaqueñas nos mostraban dos categorías diferentes de alma, de jerarquía muy distinta, y fueron el punto de partida de mis investigaciones posteriores sobre el mismo tema en los grupos más variados.

∴

Nos ocuparemos en primer lugar de la naturaleza de esta alma cuyo robo provoca la enfermedad. Es el tema más difundido y más fácil de estudiar.

Esta creencia se vincula con el concepto muy antiguo de almas múltiples que desempeñan funciones diversas en nuestro ser. Se encuentran tanto entre los cazadores del Chaco como entre las poblaciones andinas, entre tribus de la selva amazónica y más allá en grupos mexicanos y Norteamericanos y entre los lejanos cazadores del gran norte del Canadá.

Al contacto del cristianismo el tema primitivo se ha modificado pero ha penetrado muy deformado en los grupos mestizos de América.

En las regiones andinas este concepto del robo del alma tiene una muy amplia difusión, y permite un buen análisis de su evolución.

El indio aymará termina la mayor parte de sus oraciones, sea a sus achachilas, sean a la Pachamama o a la Virgen María, por una curiosa invocación, pidiendo que su alma, su *ajayu* no sea robada.

Este temor se manifiesta en las ocasiones más diversas y parte de la medicina andina está dominada, como ya vimos anteriormente, por esta idea del robo del alma. Todos los estados patológicos sin causa exterior u orgánica manifiesta, a los cuales el indio no puede dar un origen nítido: las anemias, los estados caquecticos, la tuberculosis, las enfermedades crónicas en general, constituyen el cuadro clínico de

la pérdida del alma. El origen es el *susto*. El enfermo, pasando junto a un sitio reputado peligroso, o alcanzado por un remolino de tierra o por un brusco remolino de viento ha tenido un súbito malestar, una sensación de miedo. No es el miedo en el sentido común de la palabra sino un estado brusco de depresión que a veces, puede pasar casi desapercibido.

Es la interpretación común. Sin embargo, ancianos *yatiri* de la región de Jesús de Machaca establecen una diferencia entre el *susto* o *caída del alma*, enfermedad más benigna que puede ser tratada con remedios sencillos a fin que el alma vuelva al cuerpo o a lo más que obligue al curandero a ir a recogerla en el sitio del susto; y el *robo del alma*, mucho más grave que necesita una medicación enérgica; a veces una lucha directa contra los espíritus enemigos y en caso de imposibilidad de recuperar el alma hacen necesarias ceremonias especiales como el *truku* para dar al enfermo el alma de un animal sacrificado con este fin.

Esta interpretación me parece la más antigua.

El cuadro clínico del *susto* o de la *pérdida del alma* se complica a menudo con perturbaciones síquicas, agravando el estado del paciente. Bajo esta doble forma: alteraciones orgánicas crónicas y alteraciones síquicas, se presenta en general el cuadro clínico del *mal de susto*, muy conocido por todos los médicos y también los antropólogos que trabajan en los Andes.

Sobre la causa real del susto, la opinión indígena, tanto la del enfermo como de sus familiares o del curandero es unánime. El enfermo ha perdido su alma, robada por algún espíritu. A veces el enfermo recordará el lugar y las circunstancias del susto. El brujo, consultando las hojas de coca o con otros medios adivinatorios, confirmará sus declaraciones o, al contrario, descubrirá el origen del daño y su autor.

No les hablaré de las múltiples clases de espíritus que pueblan el universo de los Andes. Recordaré sólo que al lado de espíritus siempre peligrosos —no diré malos, esta noción de buenos y malos es muy relativa— también espíritus en general bondadosos para un grupo, pueden enojarse cuando no reciben las atenciones merecidas. Hasta los *Achachilas* protectores de un grupo pueden robar las almas de sus descendientes cuando se sienten abandonados.

En agosto precisamente todos los espíritus tienen la boca abierta, gritando de hambre.

∴

Antes de analizar el concepto que el aymara tiene respecto a la naturaleza de esta alma, de este *ajayi*, cuya pérdida es causa de enfermedad, deseo mostrar rápidamente las transformaciones de estas creencias entre otras poblaciones andinas en proceso de culturación.

En el centro del Perú el mestizaje físico y cultural es mucho más profundo que en el Altiplano. En medio de tradiciones que desaparecen poco a poco, la creencia al susto y al robo del alma, permanece siempre fuerte, pero evoluciona paulatinamente.

No son los espíritus secundarios, es la tierra, la *Pachamama* que roba y come a las almas. La *Pachamama* conserva su carácter de diosa protectora pero como entidad fuera del cristianismo posee un cierto poder maléfico y reemplaza a todos los otros espíritus cuyo recuerdo se va borrando.

En el norte argentino, en Jujuy y Catamarca, es también la *Pachamama* la causa directa del robo del alma. Es ella la que agarra las almas.

El concepto del *Mal del susto* evolucionó igualmente. El alma cristiana, bautizada, se vuelve independiente del cuerpo físico; no puede ser robada. Es el *ánimo*, un espíritu vital de categoría secundaria, cuya salida del cuerpo ocasiona el susto.

El indígena no es siempre capaz de establecer una diferencia nítida entre *alma* y *ánimo*. Sin embargo la primera es totalmente independiente del cuerpo y sobrevive a la muerte. El segundo está unido al cuerpo físico, desaparece a la muerte y es sensible al poder de los espíritus paganos. Esta interpretación del susto por el robo o la pérdida del ánimo existe en todo el centro y el Sur del Perú desde Cuzco hasta Cajamarca y Lambayeque.

En otras regiones del Norte, y en la costa del Perú, más aculturados todavía, el susto es atribuido a la pérdida del *espíritu* del enfermo. Se transforma en enfermedad de menos importancia, a simples alteraciones más o menos pasajeras.

Entre las poblaciones más alejadas de la influencia indígena, entre los mestizos muy aculturados, el *mal de susto* es sólo enfermedad de los niños. Recibe, en un período más adelantado de degradación cultural, una nueva interpretación. No es más el ánimo del niño que ha sido robado, es su *ángel de guardia* que se alejó.

En fin, en la parte central de la costa del Perú, el *mal de susto* pierde toda vinculación con el robo del alma. Traduce apenas estados mórbidos mal definidos atribuidos a un *miedo real* causado al enfermo por motivos diversos, como el encuentro de brujos, de fantasmas, de

fuegos fatuos que lo asombraron. Son las últimas manifestaciones de la creencia en el robo del alma.

LOS METODOS DE TRATAMIENTO contribuyen al esclarecimiento de los diversos conceptos de los indígenas de los Andes respecto a la naturaleza del alma cuya pérdida es causa del susto.

Dejaremos de lado todo el ceremonial secundario: días fastos y nefastos, consulta de las hojas de coca, de las llamas, de las vejas y otros, para atenernos a los elementos más esenciales de las ceremonias.

El brujo-curandero, cuando se trata del robo de un alma, comienza por llamarla. Puede ir al sitio del susto llevando ofrendas que más les puedan complacer a los espíritus del lugar para pagarlos, a fin de que devueivan a su prisionera.

Otras veces, cuando se trata de espíritus de poco poder, se enoja, los grita y los amenaza de la venganza de los achachila y de los mal-kus protectores de su grupo.

En otras oportunidades el indio, cuando siente acercarse el susto, puede librarse gritando y tirando piedras a los que quieren robar su alma.

En general, el yatiri realiza una larga ceremonia en la casa del enfermo para aplacar a los espíritus y conseguir la devolución del alma.

Estas diversas operaciones pueden no dar resultado, sea que el curandero se encuentra frente a espíritus demasiado poderosos o enojados que él no puede vencer ni convencer, sea que el alma robada ya no existe: ha sido devorada por un espíritu hambriento.

Aquí vemos esta noción muy clara de la naturaleza perecedera de esta categoría de almas.

Todo no está perdido. Con otra ceremonia, el *Truku*, el operador puede hacer pasar el alma de un animal, en general un cobayo, en el cuerpo del paciente en lugar de la que perdió.

El alma cuya pérdida es causa del susto, no sólo puede desaparecer totalmente, sino que también no es *específica* como diría un biólogo, sino que es un principio común al hombre y a los animales.

Poco a poco se aclara el concepto de esta categoría especial del alma.

Cuando se trata de simple pérdida del alma, la cura del paciente es más sencilla.

Desde el norte argentino hasta el centro del Perú, el brujo, de noche, se dirige al lugar del accidente, llevando ofrendas para pagar a la Pachamama y obtener su ayuda. Gritando, tocando una campanilla bendita, llama al alma. Revuelve en el aire algunas prendas del enfermo su poncho, su manta, a fin de atrapar el alma atraída por sus gritos. Conseguido este resultado, vuelve a la casa del paciente sin mirar atrás, cierra cuidadosamente la puerta, pone en la cama junto con el enfermo el bulto que contiene el alma recuperada y deja solo al paciente. Durante la noche el alma se restituye a su sitio en el cuerpo del enfermo.

Dejo de lado los detalles minuciosos que acompañan esta ceremonia: noche de luna, a media noche, silencio absoluto, ausencia de todo ruido. Los ladridos de los perros, por ejemplo, arruinan todo el éxito. La cura es en general completada con la administración al enfermo de algún remedio: agua florida, florecita blanca u otro; o en frotaciones con sustancias diversas repetidas 3, 6, 9 o 12 días.

Cuando se trata de niños cuyo ángel se alejó, se realiza en el centro del Perú la *limpieza de flores*. El pequeño enfermo, vestido con su mejor ropa, es expuesto sobre una mesa cubierta de flores, iluminada por numerosas velas, como en el *velorio de los angelitos*. Se echan más flores sobre el niño. La madre, o una *rezadora*, reza el rosario, diversas oraciones cristianas, y a la media noche sale afuera gritando por tres veces consecutivas: *Utama, Utama, Utama*¹ y el ángel de la guarda vuelve al lado del niño ya curado.

A estas prácticas se vincula otra ceremonia de un simbolismo muy sencillo: la *limpieza del huevo*, que sirve tanto de método diagnóstico como de curación. El brujo o curandero toma un huevo fresco, del día, lo pasa por todo el cuerpo del niño enfermo. Luego lo rompe y con la mano y el pie del niño lo revuelve. Si la yema o la clara se mezclan, se trataba de un caso de susto y el niño ha de sanar. Si no se mezclan, será difícil hacer volver el espíritu del enfermito.

Hay otras clases de limpieza, la *limpieza del cuy*, por ejemplo.

La noción del *Robo* o de la *Pérdida del alma*, como causa de las enfermedades, tiene amplia difusión en América, especialmente entre los grupos de *cazadores*. Los agricultores amazónicos al contrario atribuyen en general la enfermedad a la penetración de un principio malo en el cuerpo.

La creencia en el Robo del alma domina toda la medicina chaqueña. El brujo es un shaman que entra en comunicación y en lucha con

¹ En quichua: *Venga, Venga, Venga*.

los espíritus y su propia alma puede dejar su cuerpo bajo la influencia de drogas estupefacientes para ir a buscar el alma perdida. Creencias idénticas a las que se encuentran entre los *Makas* del Chaco existen entre los grupos vecinos, los *Toba* y los *Pilaga*. Entre los *Chamacocos* el brujo lleva el nombre de "Buscador de las almas perdidas" de los *č i č i b i t*.

Los *Calchaquis* del norte argentino tienen creencias idénticas a las de los andinos.

Entre los *Taulipang* de las Guayanas, el etnólogo alemán Koch-Grünberg ha recogido una muy linda tradición relativa al robo del alma. Cuando el hombre-luna habitaba sobre la tierra, se enamoró de un niño, robó su alma y la escondió en su choza dentro de una olla bien tapada. El niño enfermó. El brujo comenzó a buscar su alma y acabó encontrándola en la choza del hombre-luna y la devolvió al niño. Enojado el hombre-luna huyó al cielo donde continúa.

Los brujos de los *Paez* de Colombia pueden agarrar el alma de sus enemigos y someterla a malos tratos cuyo resultado es el debilitamiento y la enfermedad de las víctimas.

Los indios *Popoloca* de México explican la enfermedad por la pérdida de una parte del alma que tiene una naturaleza semejante a la del aire. Para curar al enfermo se debe buscar al animal o *Tona* que se lo llevó.

Entre los *Otomis* existen creencias muy parecidas.

Como los indios de los Andes, los caribes de las Antillas atribuyen la mayor parte de las enfermedades a la pérdida del *afurugu*, doble espiritual del hombre cuyos rasgos reproducen la fisonomía del enfermo. Hoy el *afurugu* para los indios cristianos es asimilado al *angel de la guarda*, otro carácter común con las regiones andinas. Frente a un peligro el *afurugu* se escapa del cuerpo produciendo un estado de *susto* y su alejamiento definitivo puede llevar a la muerte.

∴

Podemos ahora intentar comprender el concepto general de los indígenas americanos respecto al ser espiritual complejo del hombre.

El hombre no posee una sola alma, sino numerosas almas, independientes las unas de las otras, y de naturaleza distinta.

En primer lugar, un alma asociada a la personalidad del hombre y que no desaparece con el cuerpo. Es casi el *cuerpo astral*. Después de la muerte inicia un largo y peligroso viaje hasta una comarca leja-

na en general situada al Oeste donde el indio llevará una vida poco diferente de la vida actual, pero sin dolor, sin fatiga, en la cual el amor y la procreación no existen. Para este viaje el indio lleva a su tumba víveres, vestidos, a veces armas, no para defenderse sino para cazar y procurarse alimentos. Esta nueva vida será muy larga y no se prevee el fin. Numerosos ritos funerarios son destinados a facilitar este viaje.

El cristianismo no ha borrado totalmente estas creencias. Ha enriquecido el dominio religioso del indio, provocando sincretismo muy curioso, pero ha destruido poco. Para muchos indios el alma cristiana realiza también un largo viaje antes de llegar a la Tierra de promisión, a un paraíso poco diferente de la antigua concepción nativa. Para muchos otros, en la región amazónica, el bautismo da al indio una nueva alma, un alma suplementaria que seguirá el destino indicado por la Iglesia, paraíso o infierno, en tanto que su otra alma se dirigirá siempre a la lejana comarca a fin de juntarse con sus antepasados. El bautismo es asimilado a la *antigua iniciación*.

Entre los andinos está muy difundida la creencia de que antes del cristianismo una parte de su personalidad iba a juntarse a las almas de los antepasados, de sus *achachilas*, protectores del grupo que moraban en un lugar sagrado, la *Huaka*. Actualmente el alma cristiana es con frecuencia asimilada a esta que antiguamente se unía a los achachilas. Todos mis informantes declararon "Ahora que somos cristianos, vamos al Paraíso y no podemos juntarnos a los Achachilas". Pero sin destruir los vínculos antiguos entre los hombres y sus antepasados de la huaka.

Un autor americano, Tschopik, ha encontrado entre los aymaras la creencia en cuatro almas de naturaleza distinta. En una investigación reciente, Julia Elena Fortún, de Bolivia, ha conseguido los elementos y características de seis almas diferentes entre los aymaras del altiplano.

En otros grupos americanos, el brujo posee un alma suplementaria, un alma extra, diferente del alma de los otros hombres, que pasa de brujo a brujo transmitiéndoles su poder mágico.

De calidad muy distinta es *otra alma* que existe en todos los hombres, formada por los elementos inferiores y los peores de nuestro ser. Después de la muerte deja el cuerpo y queda un tiempo más o menos largo en los lugares frecuentados en su vida por el difunto del cual conserva algunos rasgos del carácter, violenta, temerosa o perversa... Es siempre peligrosa hasta para sus parientes más cercanos y cuando el difunto era conocido por su bondad o su cariño. Gran parte de los ritos funerarios son conducidos contra ella a fin de neutralizarla. Pa-

ra alejarla, los objetos del muerto son quemados, su casa cerrada o derrumbada, sus chacras abandonadas. Hay que evitar de pronunciar el nombre del muerto y todo lo que puede recordarlo. En los grupos mestizados, bajo la influencia del folklore europeo este alma se transforma en fantasma: es el *porá* o *pombero* de los guaraníes. Su vida es limitada y acaba desapareciendo con el tiempo.

El alma cuyo robo o pérdida causa la enfermedad es todavía de naturaleza distinta. Es independiente de la personalidad, no tiene nada de específico y más que todo es muy frágil y perecedera. Es un principio que no merecería el nombre de *alma* si no lo fuese dado por todos los pueblos indígenas. A veces *única* desempeña el papel de agente coordinador de nuestro equilibrio vital; a veces múltiple anima cada parte de nuestro organismo.

El concepto de numerosas pequeñas almas alojadas cada una en un órgano o en miembros distintos, independientes unos de los otros, parece muy antigua y se encuentra en las tribus más alejadas de la cultura moderna. Estas almas son comunes a los hombres y a los animales, permitiendo su intercambio. Desaparecen a la muerte o su pérdida puede ser una de las causas de la muerte.

El *soplo vital* tiene cierto parecido con esta última clase de alma pero no se confunde con ella. También de naturaleza animal, no puede ser robado ni desaparecer por un tiempo. La muerte es la consecuencia inmediata de su salida del cuerpo.

Este breve análisis muestra cuán compleja es la noción que el indígena americano tiene respecto a la naturaleza de nuestro ser.

Al lado del cuerpo físico y material el ser humano está constituido por diversas entidades, algunas invisibles como el *alma cristiana* o el *doble* que después de la muerte conserva nuestra personalidad y está destinada a una nueva vida cuyo término no se puede prever. Otra alma diferente da sus *poderes* a los *brujos*.

Otras son de naturaleza semi-espiritual y semi-material, a veces se manifiestan a los hombres bajo aspectos diversos o de *fantasma* y desaparecen después de una existencia libre más o menos larga. Otras participan más todavía de la naturaleza material y son perecedoras: pertenecen a este grupo el alma o las almas cuya pérdida o *ausencia provoca la enfermedad*. En fin el *soplo vital* cuya separación provoca la muerte inmediata.

Además múltiples agentes invisibles pueden penetrar por accidente en nuestro organismo y producir disturbios diversos.

Los filósofos, como dije al principio, plantean serias objeciones a este concepto indígena de la personalidad humana. Nos hemos limitado a relatar sus creencias. ¿No tendrían los amerindios el concepto de la unidad del ser humano?

Según sus creencias, el hombre después de la muerte se divide en varias entidades, a veces antagonistas, que siguen destinos diversos.

¿No sería para el nativo de América un modo sencillo de traslucir la complejidad de sentimientos que cada uno de nosotros puede experimentar? Nuestro modo de pensar, nuestras reacciones cambian en el transcurso de la vida. A veces nos extrañamos de haber cometido en el pasado tal o cual acción.

Una escritora y pensadora francesa, la Duquesa de La Rochefoucauld ha publicado últimamente un ensayo muy fino sobre esta sensación de pluralidad que a veces experimentamos. Su pensamiento se acerca al de los indígenas americanos.

El concepto de la unidad de nuestro ser es más bien un concepto reciente para la humanidad, fruto de meditaciones y observaciones de numerosas generaciones.

∴

La misma noción de la complejidad del ser humano existe en casi todas las tribus americanas.

Los guaraníes de la selva paraguaya poseen una serie de palabras derivadas de *a*, *an g* y *anga*, alma, espíritu para designar conceptos tales como fantasma, soplo, suspiro, estados de enfermedad, creencia y otra más.

En el siglo XVII, un jesuita francés, el Padre du Tertre, ha recogido entre los Caribes de las Antillas la creencia que el hombre posee 3 almas distintas: una que anima el *corazón*, otra que se manifiesta por los latidos del pulso y de las arterias y la tercera que se aloja en la *cabeza*. La del corazón va al cielo para ser feliz, después de la muerte; las otras dos se transforman en *meboyas*, espíritus malos causa de todas las desgracias que afligen a los hombres.

Los *caribes negros* actuales de Honduras conservan ideas muy parecidas a las de sus parientes del siglo XVII. El hombre posee también tres almas. La primera, el *anigi*, espíritu vital o animal que se manifiesta por los latidos del corazón, desaparece con la muerte. La segunda, *iuani*, de naturaleza espiritual, se aloja en la cabeza y va al cielo cristiano después de la muerte. En fin el *afurugu*, doble del cuerpo, de naturaleza mixta, semimaterial y semiespiritual, queda vagando sobre la tierra, pudiendo manifestarse a los deudos del muerto, y es muy

peligroso cuando los ritos funerarios no han sido cumplidos como debían; en este caso se vuelve *fantasma*, *ufue* y persigue a los hombres.

Existen ritos que permiten liberarla de sus vínculos terrestres y facilitar su reunión en el cielo con el *iuani*.

En otros lugares, como ya vimos, el *afurugu* es asimilado por los caribes cristianos, al *angel de la guarda*.

Entre los Botocudos del Brasil existe la creencia de que el hombre posee 5 almas distintas que aparecen unas después de las otras en épocas diferentes de la vida. La primera se manifiesta a los 4 o 5 años. El brujo tiene el privilegio de una 6ª alma.

Los indios *Cunas* de Paraná atribuyen las enfermedades al robo de una de nuestras diversas almas por los *espíritus del mar* y los brujos conocen largos cantos mágicos para devolverla al enfermo.

Los indios cazadores del Canadá, los *Kris* por ejemplo de la Bahía de Hudson, poseen ideas idénticas.

Numerosos otros grupos americanos, del Norte o del Sur, creen en la pluralidad de las almas. Esta breve reseña es suficiente para mostrar la amplia difusión de estas creencias en el Continente.

Es entre los esquimales donde este concepto alcanza su mayor desarrollo. El brujo esquimal, el *angakok* es un shaman y un buscador de almas perdidas como el brujo del Chaco. Para él, el hombre posee numerosas pequeñas almas, las *tarnik* que viven por pares en diversas partes del cuerpo y cuya pérdida es causa de la enfermedad. De ahí la importancia de los cantos mágicos y de los tambores sagrados en la medicina esquimal.

Más allá del Continente americano, encontramos creencias muy parecidas en el Sud Este de Asia, entre los shamanes siberianos y en el Tibet, en el Vietnam, en diversas partes del Tibet y de la India, la *iniciación* da al iniciado el privilegio de un alma suplementaria, igual que para los brujos Botocudos o Fueguinos.

Y como conclusión: además de su gran interés para la etnografía, la filosofía y la Historia de las religiones, el estudio comparado de las creencias americanas relativas al concepto del alma o de las almas, con las creencias asiáticas, aporta nuevos argumentos para elucidar el origen de los pueblos del continente.